CAPÍTULO SIETE

CUERPO Y ALMA DESTRUÍDOS

Esto nos trae a la última realidad concerniente a la suerte de los malvados: *Después que los perdidos son castigados de acuerdo con sus pecados, serán borrados de la existencia, tanto el cuerpo como el alma.* Jesús lo dice muy simplemente: “Y no temáis a los que matan el cuerpo, mas el alma no pueden matar; temed más bien a aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno” (Mateo 10:28). En luz de esta declaración, ¿cómo puede alguien continuar reclamando inmortalidad para los malvados? Jesús, el único que puede otorgar el don de la vida, rechaza la posibilidad de que aquellos que están en el infierno pueden continuar viviendo de alguna forma. La vida les será apagada por la eternidad y el cuerpo será aniquilado en las llamas.

El salmista escribió: “Mas los impíos perecerán, y los enemigos de Jehová como la grasa de los carneros serán consumidos; se disiparán como el humo” (Salmo 37:20). “Pues de aquí a poco no existirá el malo; observarás su lugar, y no estará allí” (versículo 10). Las palabras más poderosas y definitivas

en el lenguaje humano se usan para describir la destrucción en el infierno, pero todavía la gente insiste en que los escritores no querían decir lo que sus palabras expresan. “Destruir”, “consumir”, “quemar”, “devorar”, “muerte”; ¿tienen estas palabras algún significado misterioso y opuesto en la Biblia, diferente del que tienen en otros libros? No tenemos razón para pensar así. La verdad es que la teología ha hecho de nuestro gran Dios de amor un ogro. Ha sido representado como si fuera más cruel que Hitler. Aunque Hitler torturó a la gente y experimentó con ellos, finalmente les permitió morir. Pero Dios mantendrá a esas almas inmortales vivas con el propósito de mirarlas retorcerse y aullar por toda la eternidad (o al menos eso dicen los teólogos).